



GOLONDRINAS

Juan Miguel Batalloso

« Las dulces mensajeras de la tristeza son...
sonavecillas negras, negras como la noche.
¡Negras como el dolor!
¡Las dulces golondrinas que en invierno se
van
y que dejan el nido abandonado y solo
para cruzar el mar!
Cada vez que las veo siento un frío sutil...
¡Oh! ¡Negrasavecillas, inquietasavecillas
amantes de abril!
¡Oh! ¡Pobres golondrinas que se van a
buscar
como los emigrantes, a las tierras extrañas,
la migaja de pan!
¡Golondrinas, llegaos! ¡Golondrinas, venid!
¡Venid primaverales, con las alas de luto
llegaos hasta mí!
Sostenedme en las alas... Sostenedme y
cruzad
de un volido tan sólo, eterno y más eterno

la inmensidad del mar...
¿Sabéis cómo se viaja hasta el país del sol?...
¿Sabéis dónde se encuentra la eterna
primavera,
la fuente del amor?...
¡Llevadme, golondrinas! ¡Llevadme! ¡No
temáis!
Yo soy una bohemia, una pobre bohemia
¡Llevadme donde vais!
¿No sabéis, golondrinas errantes, no sabéis,
que tengo el alma enferma porque no puedo
irme
volando yo también?
¡Golondrinas, llegaos! ¡Golondrinas, venid!
¡Venid primaverales! ¡Con las alas de luto
llegaos hasta mí!
¡Venid! ¡Llevadme pronto a correr el albur!...
¡Qué lástima, pequeñas, que no tengáis las
alas
tejidas en azul »

Alfonsina Storni

Inadvertidamente abordé aquella calle que tantas veces había recorrido con el sentir tranquilo de un día ordinario. No había nada nuevo en la mañana que presagiara ningún tipo de ilusión.

Se trataba de una calle vulgar, impersonal, ligeramente bulliciosa. Esclava de un continuo deambular de coches, furgones y camionetas que diariamente iban a depositar su carga de mercancías a las numerosas tiendas de un barrio, cuya expansión hacía solamente unos años que había finalizado.

Era mi barrio, un barrio gris de obreros industriales fijos unos y precarios muchos, pero también de esos obreros de cuello blanco, que por vender sus fuerzas a prestigiosos centros comerciales creen que pertenecen a un estatus sensiblemente superior al de los demás.

Digo que aquella mañana gris del mes de junio no había nada especial, porque al pasar por allí lo hacía cumpliendo una rutina diaria a la que me había comprometido meses atrás.

Con suave displicencia giré el volante una vez más abordando la última esquina de mi recorrido, pero cuál no sería mi sorpresa que, a la altura de mis ojos, desde la perspectiva que da la lejanía, pude observar uno de los más hermosos y pequeños espectáculos en los que nunca hasta entonces había reparado.

En el horizonte nubes grisáceas que dejaban entrever briznas azuladas de un cielo que no acababa de abrirse. En contraste con los delicados tonos grises, blancos y celestes toda una gran fiesta de trinos, vuelos rápidos, aleteos constantes de esas aves que cuando era niño contemplaba ensimismado en la cornisa de la Iglesia de los Franciscanos.

Golondrinas, sí golondrinas, golondrinas que danzando alrededor de sus nidos iban y venían a posarse en un gran cordel que sujeto de balcón a balcón, atravesaba en las alturas, aquella ordinaria calle.

De pronto, una inexplicable y singular emoción estremeció todo mi ser en aquel momento. Fue la visión de una realidad diferente llena de espacios y caminos de luz y vida que me invitaban a detenerme y a dar gracias a la vida. Después de tanto tiempo, la recuerdo como un soñar despierto con un mundo de belleza, vida y felicidad.

Movido por como por un resorte, un escalofrío de indescriptibles emociones recorrió todo mi cuerpo hasta quedar instalado en mi piel y en la humedad de unos ojos que buscan siempre lo invisible. Y fue allí en ese cordel que sostenía a 40 golondrinas que conté varias veces una a una, donde nuevamente Lo vi, donde otra vez más pude comprobar que la más hermosa de las músicas y la más esplendorosa de las visiones son y están en Lo Innombrable, Indecible e Incognoscible.

Inmediatamente bajé del coche para seguir contemplando un espectáculo al que los viandantes no prestaban ninguna atención, pero que yo absorbo en los vuelos, aleteos y en las maniobras para acceder a los numerosos nidos de las cornisas, contemplaba como si no hubiese en ese instante otra cosa en el mundo que me importase más.

Algunos de los que pasaban me miraban con cara de extrañeza porque tal vez no entendían como podía estar allí pasmado en medio de la calle mirando hacia arriba de forma continua mientras las lágrimas corrían por mis mejillas. Y es que en

aquellos instantes recordaba como varias veces, siendo niño, disparaba con mi tirador de balines de alambre a aquellas golondrinas, hasta que caían y las veía morir en mis manos mientras se desangraban y gemían de dolor.

Y a mi mente venían todos aquellos momentos en los que voluntaria o involuntariamente había causado dolor y sufrimiento a los demás, y me sentí despreciable, y me sentí cruel, y me vi como ángel y demonio, animal y hombre. Sin embargo, en aquel momento una inmensa paz de reconciliación, perdón y magnanimidad inundaba mis entrañas para recordarme que sólo y únicamente en mi interior está mi propia salvación porque la única batalla que merece ser librada es la de uno mismo.

Trinos, aleteos, vuelos rasantes, rápidos descensos, veloces ascensos, titubeos, desequilibrios, pero siempre vuelos que abren y señalan posibilidades, sueños, esperanzas, ilusiones, motivos, alimento, visiones, nidos, hogares... y por todo, y por nada, y por las grises calles, y por los días tristes, siempre agradeciendo, siempre suspirando por ese más acá y ese más allá que nos identifica y nos une.

Gracias golondrinas.